

[Relato Corto] El Beso

Manuel C.S.



Capítulo 1

Y tras mucho y muchos, llego el «sí».

Y salió de sus labios sin emitir sonido. El arrejuntar de miradas hasta casi rozarse. Con las pupilas casi bizcas de buscar el horizonte en la punta la nariz. Y el «sí» se transmutó en acto; olvidándose de palabras; en forma de beso.

Fue el primero. También dulce.

Y luego las caras se separaron. Del acto solo quedó el reflejo en la mirada del otro. Un destello cauteloso en los ojos de ella donde se espejaban los de él. Y sonrieron. Lo hicieron nerviosos, tímidos, preguntándose en silencio como habría ido, y como pudo costar tanto.

Se agarraron de la mano en aquel parque donde solo atestiguaba la noche. Hablaron poco, y se besaron más veces. Luego él la acompañó a ella, a su casa, y lo hicieron caminando abrazados.

Ya en su calle guardaron las distancias. A él no le preocupaba, pero entendía que a ella sí. En los pueblos el infierno se desata en las ventanas de los vecinos, donde las puntas del tridente del diablo conforman lenguas que hablan sobre lo que no les importa.

Tampoco la besó al dejarla en su puerta; ya habría tiempo para más. Ni siquiera en la mejilla, donde ahora sabría a poco. Se despidieron guardando las apariencias, y cuando ella entró, él se dio la vuelta y caminó hasta su casa.

Anduvo con pasos erráticos: a veces cortos, a veces largos, según las subidas y bajadas de su montaña rusa emocional.

Se sentía eufórico. Y como cuando se termina una guerra, no pudo evitar reflexionar de los pasos previos a aquel beso.

Recordó como se conocieron, y como asentaron las bases de una amistad. Recordó quedarse embobado mirándola sin venir a cuento. Todo lo que ella decía, se convertía en religión; algo que escuchar, fonemas que adorar.

Día a día, los hilos de la etiqueta «amigos» tejían un traje demasiado estrecho. A los pocos meses decidió encontrar, entre el entramado laberinto de su inseguridad, el valor para exponer lo que sentía.

No fue un proceso fácil, más cuando a uno le aterra tanto la negativa. Tardó en exponer los pequeños gestos de sus intenciones, y o fueron

demasiados sutiles, o ella no quiso verlos.

Y cuando la negativa vino en silencio, decidió convertirla en fonemas. Se acercó un día como cualquier otro, y buscando la intimidad, le preguntó directamente. Su mirada ya lo decía todo. Sus labios esbozaron el temido «no». Un «No» que solo justificaba la existencia de las miserias de las que se creía merecedor.

Y se lamió las heridas como sabía; sin hacer ruido. Porque la “amaba”, claro. Una palabra demasiado fuerte para quien no conocía ni quince primaveras, y demasiado compleja para quien vivía enamorado de un ideal distorsionado. Un concepto que no entiende de personas, y del error de las personas que no comprenden el concepto.

Y cuando pasó el tiempo, el volvió a preguntar, y volvió a recibir la misma respuesta.

En sus derrotas se sintió preso de la encarnación del guerrero que delimitaba sus batallas con el amor a las causas perdidas. Pero la “Amaba” claro. Eso no lo dudaba, por que el dolor de su pecho era algo real, y no había mayor prueba.

Ahora, con el sabor de su saliva aún latente en su recuerdo, recorría el camino a casa con una sonrisa surcando el rostro. Escogió el camino más largo. Deambuló por callejas que le llevaron a salir del pueblo, y en una oscuridad donde no llegaban ni las farolas más osadas, dejó volar aún más alto sus pensamientos; donde nadie más que él, pudiera disfrutarlos.

Y es que el amor era eso, se decía para sí mismo. Una sensación de victoria a las previas derrotas. ¿O tal vez solo encandilara la victoria cuando la preceden derrotas? La pregunta flotó junto a él, como un aroma. Y la desechó por frívola. Aquella línea de pensamientos exponía agujeros por los que no quería colarse. Al menos, de momento.

Prefirió caminar recordando la sonrisa de ella, el brillo en sus ojos negros. En el calor de sus manos. La presión de su busto al abrazarlo. En todo aquello que ahora constituían el presente y que mañana serían futuro.

¿Futuro?

Y por primera vez desde que la conoció, se dio cuenta de que nunca había reparado en eso. Era un velo tras el objetivo, una cortina opaca más allá de la aspiración inicial.

Pero debía ser algo bueno. Ahora llegarían más besos, más caricias, más abrazos, más... ¿Más de qué?

Tal vez buscar etiquetas. Pelear el uno por el otro. Otorgarse y encomendarse, como había visto en novelas, películas y canciones. Pero a la vez, carecía de sentido. Trató de imaginarse tras algunos meses, evolucionando aquel beso en algo más, y solo veía la noche por la que transitaba de vuelta a casa.

Aquello le disgustó. No le gustaba no poder imaginar. Y ahora que el temido «No» se había transmutado en un ansiado «Sí», todo debería ser coser y cantar ¿No?

Promesas, promesas...

¿Cuántas veces se había prometido que, si le diera la oportunidad, demostraría ser merecedor de ella? ¿Fue acaso una promesa de las que uno no hace cuentas lejos del valor que significa? ¿Y que significa? Se dio cuenta que nunca se había parado a pensarlo demasiado. El valor es valor; significa que importa, significa que merece la pena. Si cuesta, es que vale. Si vale, es que merece la pena. Una cadena de pensamientos sobre algo importante, y que aparte de recorrer en círculo, no significaban nada.

Se detuvo. Admiró las estrellas. Suspiró, y su sonrisa, algo que debería ser intachable, tembló nerviosa antes de proseguir su vuelta a casa.

Pensó en el concepto del Amor, aquel que tanto creía entender. Sabía que se distorsionaba por el ideal, y por pecar de cínico, creyó ser poseedor de una verdad sin matices.

Él la había amado; la amaba. Y sufrió por cada «No», hasta merecer el «Sí». Las derrotas previas solo endulzaron la victoria...

...y pensó en ello.

En una victoria.

Otra vez, frívolo. Sonaba a conquista. No quería verlo así. Superficial, alejado de la profundidad que las emociones exigían.

Pero...

...¿y si lo único que anhelaba era el «Sí»? No por conquista, sino por la victoria. No por la persona, sino por la afirmación.

Volvió a ver las luces del pueblo y se internó de vuelta. No quedarían más que unos cien metros para la puerta de su casa, y fueron kilómetros en su introspección.

¿Y si ahora que ya tenía lo que quería, no le importaba lo que viniera después?

Amar el ideal del concepto del amor, por encima de la persona. Anhelar lo que no existe. Convertir a los enamorados, los actantes, en una mera excusa.

Ese futuro imposible de imaginar se transformó en la puerta de su casa. La cruzó decidido a dormirse, a dejar de reflexionar sobre lo que no entendía; por que ahora lo tenía claro. No entendía una mierda.

Ya no sonreía.

Y el pensamiento sobre si, tras aquel beso, su victoria le importaba realmente, le hizo sentir miserable, y le robó el sueño.